

medidas para el fomento del cultivo del idioma español y de la literatura que representa. El logro obtenido con la aprobación de la Ley Sotto sobre enseñanza obligatoria del idioma español en las escuelas y colegios tanto públicos como privados debe ser estímulo para la consecución de mayores logros y adelantos.

Como acertadamente apuntó ayer en su enjundioso discurso al Presidente de turno de nuestra sesión inaugural y Director de la Academia Filipina de la Lengua Española, señor Gómez, en la atmósfera de libertad de que gozamos actualmente, hay ahora en Filipinas un *renacimiento vivo e interesante* del idioma y la cultura hispánicos. Yo diría que este renacimiento tiene su paralelo en otro renacimiento que hoy ocurre en las universidades y centros docentes d. l mundo, incluyendo las grandes universidades norteamericanas, renacimiento que consiste en el retorno al clasicismo. En realidad, este renacimiento clásico no es más que la rearsesión de una cosa elemental, a saber: que la vida de los pueblos, sobre todo la vida espiritual y cultural, tiene que ser la perfecta y cabal integración del pasado y el presente, proyectándose hacia los valles y llanuras del porvenir. Pues bien, lo clásico en Filipinas es el fondo hispánico, la base hispánica. Los filipinos sajonzados, máxime las juventudes, tienen que convenirse, de que considerable como es su acervo y su hermenaje cultural, ello es insuficiente no sólo para redondear su personalidad, sino sobre todo para capacitarles a establecer aquí una gran cultura filipina— una cultura que por su originalidad y su substancia pueda apreciarse como digna aportación de nuestro pueblo al acervo acumulado de la cultura universal. Para eso tienen que buscar y beber en nuestro pasado y en nuestros clásicos y éstos son Pinpin, Pedres Peláez y Burgos, Sanciango, Pardo de Tavera, Rizal, Del Pilar, Mabini, Ponce, Paterno, López Jaena, De Veyra, Epifanio de los Santos, Zulueta, Osmeña, Quezon, Adriático, Apóstol, Guerrero, Balmori, Recto, Teodoro Kálaw, Bernabé, Gómez, Zaragoza, Abad, Luz, Torres (Ramón), Varona, Rodríguez (Buena Ventura) y otros que sería prolijo enumerar. Y todos ellos tienen basamento hispánico, mejor todavía, basamento indígena, condicionado por la cultura hispánica.

Pero voy más allá. Este congreso debe aspirar también a actuar e influir en el campo económico. En este respecto, las posibilidades comerciales con España y con los países hispanoamericanos son inmensas y apenas se ha comenzado a explorarlas. Hasta ahora nuestra gravitación económica ha sido hacia Estados Unidos. ¿No ha llegado el momento de explorar otras áreas, sobre todo las ideológicamente afines? Hay que tener en cuenta que nuestro especial arreglo comercial con Estados Unidos tiene que terminar algún día, y, por cierto, no lejano. Pero aún sin esta consideración, la prudencia nos aconseja el hacer arreglos ventajosos con el mayor número de países para posibilitar una segura y variada expansión de nuestra economía nacional.

Hay otra línea en la que debe influir este congreso: la línea de las relaciones culturales y universitarias. Hasta ahora hemos encauzado nuestras relaciones en este respecto hacia Estados Unidos. ¿Por qué no ramificarlas por los países hispánicos, muchos de los cuales tienen idiosincrasias y problemas análogos a los nuestros?

## DISCURSO DE DÑA. ROSA L. SEVILLA DE ALVERO

EL PRESIDENTE DE TURNO. Siguiendo el programa de este día, la Mesa concede la palabra a doña Rosa Sevilla de Alvero, Presidenta del "Roseville College".

LA SRA. SEVILLA DE ALVERO. Señor Presidente: Excelentísimo Señor Don Antonio G. Gullón, Ministro Plenipotenciario y Enviado Especial de España en estas Islas; distinguidos miembros del Primer Congreso de Hispanistas de Filipinas, señoras y caballeros:

Pidiérenme los organizadores de este Primer Congreso de Hispanistas de Filipinas que os dirija la palabra en esta ocasión, y, cómo había yo de negarme a ello, siendo esto para mí una gran distinción que debo agradecer, y, además, porque, siendo tan hispanista como el que más, me es sumamente grato contribuir a la unificación de todos los amantes de la hermosa lengua hispana, por cuya propagación hemos trabajado y seguimos trabajando en el Instituto de Mujeres, hoy Roseville College, hace ya ahora más de cincuenta años? Así es que, no obstante la presión de los mil quehaceres que pesan sobre mí estos días por la preparación de las Fiestas Jubilares de nuestro Colegio, y de los mil dolorosos acontecimientos que hoy ensombrecen mi existencia, que no me dejan ni tiempo ni humor para preparar un discurso que sea digno de un auditorio tan culto y tan ilustrado como el que hoy me escucha, ni que sea apropiado para dar lustre a un Congreso como éste, que, además de su valor histórico, posee un valor cultural que exige un talento privilegiado y una elocuencia poco común de parte del orador; especialmente en mi caso, puesto que me ha precedido en el uso de la palabra una lumbrera de primera potencia en el arte del bien decir, un pensador de tan altos vuelos en las elucidaciones y disquisiciones mentales, un orador de la lengua cervantina, como es el letrado Presidente de esta sesión, el atildado orador y elocuente tribuno, honorable Manuel Briones; no obstante todo eso, repito, me atrevo a sacar fuerzas de flaqueza y aquí me tenéis, dispuesta a cumplir la palabra por mí empeñada.

A la verdad, siento en este momento un verdadero pánico y unos deseos casi irresistibles de batirme en retirada; pero veo que ya es demasiado tarde.

No, no puedo, ni debo defraudar la confianza que pusieron en mí los organizadores de este Congreso, así que, para salir del paso, me valgo del recurso de que se valen las abuelitas, cuando los nietecitos insisten en que les cuente algo para distraerles. No es, pues, un discurso lo que he de pronunciar, sino más bien una especie de conversación, a un modo de entreacto para distraer vuestra fatigada atención, una especie de entremés que os ayude a digerir los succulentos manjares intelectuales de enjundiosos discursos y elaboradas disquisiciones que os van a presentar esos grandes oradores, esos magos del pensamiento que os van a dirigir la palabra en esta sesión.

Me contentaré, pues, con relataros una leyenda con visos de historia que llamaremos *Leyenda y Realidad*.

Era esta una leyenda de los habitantes de aquella tierra misteriosa que se llamaba *Mulá* (origen o principio). Tierra antiquísima, como su nombre lo indica, perdida allá en las brumas del amanecer de los tiempos prehistóricos, cuyos habitantes eran tan pacíficos, tan

buenos y tan sencillos, que amaban a su *Bathala* y a su tierra con todo su corazón, y no conocían ni el dolor, ni la intriga, ni la maldad; como que no había entre ellos ni tuyo ni mío.

Serían comunistas, pensaréis. No. Nada más lejos de eso; porque aquella comunidad de intereses se fundaba en un principio más elevado que los ideales de los marxistas; aquella tenía por base la fraternidad fundada en el más puro amor, el amor fraternal, y no en el principio político de la absorción de la personalidad de los individuos y de los pueblos, para convertirlos en ciegos instrumentos de la desmesurada ambición de algunos pocos que sueñan con esclavizar el mundo.

Pero, ¿a dónde voy con mis divagaciones? ¡Ea! Volvamos a la bendita tierra de *Mulá*. Pero tampoco eso nos es ya posible, porque díz, que aquella tierra, por demasiado buena y aquellos habitantes por demasiado bonachones, honradotes y sencillos no pudieren por mucho tiempo subsistir siendo una bella realidad. Dicen que el viejo Neptune, celoso de tanta bienandanza, los sepultó en el seno insondable de su reino de cristal, para que de ellos no quedara ya más que un vago recuerdo. Como que, cuando yo era chiquilla, recuerdo que si alguien se distinguía por su bondad y por su sencillez rayana hasta el desconocimiento del mal, se solía decir: pero ¿qué? ¿has venido por ventura de la tierra de *Mulá*?... Mas, me he equivocado señores, al decirnos que todo aquel inmenso territorio de *Mulá*, que se extendía según decían, desde el Asia hasta las Américas, ha sido anegado por el líquido elemento; todavía existen algunos de sus fragmentos que han quedado a flor de agua, los cuales emergen a la superficie de los mares malayos hasta el gran Océano Pacífico, en forma de islas cubiertas de verdor, cual brillantes esmeraldas desprendidas del collar de una bella sultana de aquellos legendarios tiempos, las cuales van esmaltando el azul de los mares, desperdigadas de acá para allá, como para recordar al mundo el pasado grandioso de aquella inmensa tierra de *Mulá*. Lo prueba el hecho de que la mayor parte de las tierras entonces conocidas, llevaban el nombre en tagálog. Ahí están, por ejemplo, *Sungsong* o China, que quiere decir contracorriente; *Lusong* o Filipinas, que quiere decir a la deriva; *Inda* (India) que quiere decir Madre; *Arab*, llama ardiente; *Annam*, seis; *Siyam*, nueve; *Melaya*, libre; *Malaca* o *Moluccas*, fuerte; *Salibé* o *Célebes*, hacia abajo; *Haba* o *Java*, largo; *Timog* o *Timor*, Sur; *Manukwari* (al norte de Australia), parecido a una gallina; *Bagung Silang* o Nueva Zelanda, Sol naciente; *Guwang* o *Guam*, abertura de la Peña; *Hawayan*, contagioso; *Cuba*, jarobado; *Lima*, cinco, etcétera, etcétera.

Pero, ¿otra vez con más divagaciones?... Bueno, no os impacientéis, señores, que allá va la leyenda.

Erase que era, un varón que se llamaba Makalibog, diligente, honrado y trabajador como el solo; como que dedicaba todo su tiempo en desbrozar su terruza, por conseguir la morisqueta para el consumo de su numerosa prole,—cómo se conoce que aquellos esposos no practicaban el *birth control*! ¡ni a qué habían de practicarlo, si la mejor riqueza para aquellos buenos habitantes de la fenecida *Mulá* eran sus hijos, que para ellos era la bendición de su amado *Bathala*?

Pero el caso es que, de tanto trabajar sin descansar alguno, hizose Makalibog cada vez más hurafío y más gruñón, y gracias que tenía por esposa a la buena do

Kabahay, que era el reverso de la medalla; la cual era tan dulce como el *ate*, tan buena como la morisqueta, y tan suave y deliciosa como el *Kakagata*. Si bien es verdad, que tenía un defectillo, y ¿quién no lo tiene en este mundo? Y era el ser tan bonachona y tan madraza, que no podía negar nada a los pedacitos de sus entrañas, que eran unos diablillos tan traviesos, que muchas veces le ocasionaban serios disgustos.

Y sucedió que un día Makalibog que iba por el campo para la recolección del palay,—que es una ocupación bastante penosa—se le ocurrió pedir a Kabahay que le preparara una buena comida consistente en unos pescados frescos asados, con la consabida olla de morisqueta bien cocida. Y, en efecto, Kabahay se desvirtuó por obtener pescados frescos del próximo lago,—que, según decían, eran riquísimos—y los asó bien envueltos en frescas hojas de plátano, y preparó una olla de arroz nuevo y oloroso, que satisfacía con su perfume el apetito más exigente.

Y llegó en efecto Makalibog, con un hambre que no veía, y al punto reclamó su pitanza; mas en vano la buscó Kabahay. No niñas la habían comido sin dejar ni un grano de morisqueta. Y con aquel incidente tan desagradable y con las discusiones y lloriqueros de aquellos tragoncillos, se le exacerbó la bilis a Makalibog, quien, por dar salida a su mal humor, cogió un pedazo de caña y arreó a aquellos golosos que le habían privado de su comida favorita.

Viéndolo tan enojado, los rapazuales tuvieron que huir de la furia del autor de sus días, corriendo a la desbandada; refugiándose algunos en las habitaciones interiores; otros en el fogón de la cocina; otros en el zaguán; otros se escondieron debajo del parral de la calabaza que se les cayó encima; otros saltaron por la ventana y a los cuales Makalibog cogió por el cogote para llevarlos en vilo dentro de la casa; otros se escarparon refugiándose en los bosques y montañas; y otros, en fin, no teniendo ya donde esconderse, nadaron por el mar abierto para ganar la otra orilla.

Y añade la leyenda que aquellos que se escondieron en las habitaciones interiores, fueron después los progenitores de los *Raxás*, de los *Lakanes* y de los *Gats* y de los *Maguinos*; mientras que los que se refugiaron en el fogón, fueron los padres de los *pobrecitos itas*; los que se escondieron en el zaguán, fueron los ascendientes de los siervos y esclavos; los que fueron aplastados por el parral de la calabaza, fueron los progenitores de los enanos; en tanto que aquellos que habían sido levantados en vilo, fueron los padres de los gigantes; los que huyeron por los bosques y montañas fueron los ascendientes de los salvajes remontados; y, por último, aquellos que nadaron mar adentro para ganar la orilla opuesta, fueron, según dicen, los progenitores de los extranjeros,—que, con el baño que se dieron, quedaron blancos;—a quienes ellos, los nativos, reconocían como hermanos, los cuales, según ellos, volverían algún día para quedarse otra vez en el hogar perdido. Hasta aquí la leyenda; que es para ellos la explicación de la diversidad de las razas y de las clases sociales, el fundamento de la creencia en la hermandad de todos los hombres, y la esperanza de que algún día, aquellos hermanos ausentes vendrán otra vez a los patrios lares y, por eso, sienten añoranza por ellos y esperan su retorno al seno del hogar común. Y esta leyenda explica aquella viva simpatía con que acogieron los naturales

a los primeros españoles que vinieron a estas tierras con Magallanes y que, impulsados por la Divina Providencia, cruzaron los anchos mares a fin de evangelizar a aquéllos y hacerlos participantes de su cultura y civilización. Y, por eso, aquella hospitalidad con que día les acogió Bankay, aquel galante príncipe bisayo con dientes de oro y traje de seda bordada, que les honró con soberbios agasajos, sirviéndoles en platos y zaros de oro, los mejores manjares y los vinos más exquisitos, como lo refieren los historiadores que vinieron con Legazpi.

Y por eso fueron recibidos por Hamabar con tan amistosas manifestaciones y vivas muestras de simpatía, porque les creían hermanos y aliados enviados por *Bathala* para defenderles contra sus enemigos; y tanto, que de no haber sido por las belicosas actividades de Magallanes contra los isleños de Maetán,—que lo hicieron sospechoso a los ojos de los nativos,—no hubieran sido víctimas los españoles de la justa venganza de aquellos intrépidos indígenas que no vacilaron en vender caras sus vidas por defender la libertad de su patria.

Y por eso fué, que a pesar de la desconfianza que sentían de los *castilas* que vinieron con Legazpi, debida a la experiencia que tuvieron de la expedición de Magallanes, no pudieron sustraerse de la atracción y ascendencia que ejercían sobre ellos aquellos españoles, quienes, según la leyenda de su pueblo, eran sus hermanos; y tan es así, que Tupas se decidió por fin a hacer con ellos el *sandugó* o pacto de sangre, con el que se obligaban ambos pueblos a la fraternidad y amistad y *socorro* mutuos que debían prestarse como buenos hermanos contra cualquier enemigo común. Y esa leyenda fué, en fin, la causa de aquella amistad y fraternidad que mostraron a aquellos españoles, Rajah Mandata y Lakandula con todos los suyos, quienes les prestaron su más eficaz cooperación y apoyo para conseguir que los otros pueblos de Lusong los recibieran como hermanos y como aliados y enviados por su *Bathala* para el bien de su pueblo; amistad y fraternidad que subió de punto, cuando notaron la identidad de la religión de sus antepasados con la religión de aquellos extranjeros; religión que ejerció sobre ellos irresistible ascendencia, sobre todo cuando observaron la pureza de sus doctrinas que eran tan semejantes a la religión *bathalana* que ellos profesaban, y más que nada, por la solemnidad imponente de sus ritos y ceremonias. Así que, no es de extrañar que aquellos naturales,—viendo la política de atracción que empleara Legazpi quien respetó sus costumbres y hasta su forma de gobierno—que es el sistema de *Barangay*—y la bondad de aquella religión que les atraía y que no era tampoco distinta de la suya, antes les parecía más completa y perfecta,—optaron por aceptarla con la alianza que aquéllos les ofrecían; pues comprendieron que les traería más cuenta hacerse amigos de aquellos extranjeros, que, después de todo, eran sus hermanos, de acuerdo con sus leyendas y tradiciones. Y he ahí la admirable y pronta conversión de aquellos pueblos a la religión del Crucificado, pues, según los relatos de los Padres Misioneros, al cabo sólo de seis meses, millares y millares de ellos se convertían pidiendo el bautismo; lo cual no se debió, como afirma erróneamente el Padre Marín, a debilidad de carácter, ni a la inconsistencia de las costumbres de aquellos isleños; sino más bien a la firme convicción que tenían de que aquella religión no era distinta de la de sus antepasados, antes

bien les ofrecía la ventaja de tener mayor claridad en la doctrina y más imponente solemnidad en sus ritos y sacrificios, que fué lo que atrajo más poderosamente el temperamento oriental de aquellos sencillos indígenas, que profesaban el *Bathalismo* que tenía, como ya dijimos, no pocos puntos de contacto con la religión católica. Y prueba de ello es el hecho de que hasta ahora no se haya conseguido la completa conversión al Cristianismo de las otras tribus de estas Islas que no profesan la religión *Bathalana*.

Y, en efecto, era tal y tan grande la semejanza que existía entre una y otra religión, que, según los antiguos misioneros, como el Padre Chirino refiere en sus escritos, aquellos indígenas se sabían ya de antemano la doctrina cristiana cuando se acercaban a los Padres Misioneros para pedir fervorosamente que se les administrara el Bautismo. Y como prueba más convincente de la verdad de esta aserción, tenían aquellos nativos en su propio idioma expresiones de los misterios y dogmas más sublimes de la religión católica. Por ejemplo, la palabra *Bathala* expresión gráfica de la Santísima Trinidad; *Hala* que quiere decir Dios Padre, *Anak Hala* que quiere decir Dios Hijo, y *Lakanpati* que quiere decir Dios Espíritu Santo; *Lakambini* que quiere decir la gran Señora; *mansigid*, iglesia; *pangadyi*, doctrina; *panagano*, oración; *pandot*, sagrado sacrificio; *kalanitpas*, hostia; *gayuma*, que consistía en un jugo de vegetales que se convertía en virtud del excelso conjuro en *Mantale*, ciencia divina, que significa amor; así como también el *Sonal* que equivale a obispo, y era el que perdonaba los pecados y ordenaba a las *babalanas* (sacerdotizas); tenían el *binayag*, bautismo; el *sandugo*, hermandad de los hombres; el *Kaluluwa*, ángel guardián; el *kalagoy*, santo del nombre; *Kaluluwa*, alma; *salang minana*, pecado original; *kabalanalan*, santidad por la cual se otorga la gloria celestial que diviniza a los hombres buenos y a los héroes, hasta convertirles en *anitos*, santos; y, por último, *buhay na walang hanggan*, eternidad; la cual puede ser feliz y entonces se llama *kataluhatian*, o desgraciada, que llaman *kasawian*. Todo eso, Señores, es nada más que la prueba evidente de la semejanza de las dos religiones la Cristiana y la *Bathalana* que aquellos indígenas profesaban ya desde tiempo inmemorial, antes de la llegada de los españoles a estas tierras. Pues, como decía Paterno en sus comentarios a propósito de esta parte de la historia, "Si existe la palabra es señal de que existió la idea que simboliza: es así que ya existían aquellas palabras, luego tenemos que admitir que existían aquellas creencias aún antes de la venida de los españoles a estas islas;" luego, aquella pronta conversión de los naturales a la religión católica, se debía, no a la ignorancia, ni a la inconsistencia, ni a la veleidad del carácter, sino más bien, a la convicción, a la madurez de juicio y a la rectitud de espíritu, al preferir la verdad que les pareció más convincente, como vieron que resplandecía en la religión católica.

Debido, pues, a la penetración de las almas por la semejanza del credo y a la fraternidad que les unía por razón de la leyenda de sus antepasados, los filipinos amaron a los españoles como a verdaderos hermanos y los tuvieron siempre como tales; y aquel amor hubiese perdurado, de no haber visto después que aquéllos no procedían como tales hermanos sino que trataban de privarles de su más preciado tesoro, la libertad. Y de ahí aquel cambio que se operó más tarde en la actitud de los nativos, que no fué motivado

por la ingratitud como lo interpretaron los españoles, sino por la decepción que sufrieron más tarde, a causa de la incomprensión y los agravios que recibieron de aquéllas a quienes habían considerado como verdaderos hermanos. Mas, a pesar de todo eso y no obstante las incomprensiones que surgieron después entre gobernantes y gobernados, que originaron la separación definitiva de los dos pueblos, existió siempre entre ellos tal atracción y simpatía, que se sobrepuso al tiempo y aún a las más adversas circunstancias; como que podríamos decir que el amor que los unía con los españoles, no pudo ser destruído ni por la malicia de los hombres, ni por la fuerza del tiempo, ni por la larga y dolorosa separación que medió entre ambos pueblos.

Y, ¿qué amor no ha vuelto? como dijo el poeta. Y aquel amor volvió más puro, más desinteresado. España comprendió, al fin, que no fué la conquista material el móvil que impulsó a sus Católicos Reyes a enviar a sus hijos a la conquista de estas Islas; sino más bien la conquista de las almas, mediante la amistad y la penetración de los sentimientos y la unión íntima de las voluntades. Hermanos y aliados debieron ser aquellos dos pueblos, como lo deseaban los nativos, y como eran los designios de la Providencia, a fin de que ambos pueblos marcharan hacia el común progreso y mejoramiento espiritual y material.

Y España, hidalga como siempre, no vaciló en corregir su error cuando llegó a percatarse de él; así que trató de curar el odio con el bálsamo del amor.

Y, en efecto, el amor ha vuelto en la persona de los enviados espirituales de España, Rueda, Blasco Ibáñez, García Sanchez, Oteiza, Conrado Blanco, Blanco Soler, Martín G. Soller, Gallarza y Loriga, Antonio Geicochea; y en el mensaje de Amor que María de Escoziza envió a las mujeres filipinas, el cual éstas responderían con una carta de profundo agradecimiento, escrita por la que tiene el gusto de dirigirlas la palabra y en la que figuraban centenares de firmas de las más distinguidas damas filipinas; y, por último, ha vuelto con el enviado especial de España, el excelentísimo señor don Antonio Gullón, Ministro Plenipotenciario de la que un tiempo fué nuestra Metrópoli, a fin de estrechar cada vez más los lazos de fraternidad y de alianza espiritual entre España y Filipinas. Y aún podríamos añadir más, que no sólo esos enviados, sino que todo el pueblo español hace el mismo esfuerzo, si se observa la complacencia con que brindan su amistad y su estimación a todos los filipinos que van a pisar aquellas tierras ibéricas.

Y podemos afirmar que, al obrar así, preceden con verdadero acierto; porque no hay mejor conquista que la conquista de las almas, ni mejor ni más perenne reinado que el reinado de los corazones. Y España, que un tiempo fué enviada por la Providencia a estas tierras para hacer las funciones de *Madre*, hace bien en ser la primera en dar el paso de aproximación; pues Filipinas, por su parte, se ha hecho acreedora de tales finezas, al fomentar la lengua y cultura hispanas en sus escuelas privadas, al aprobar una ley para la enseñanza obligatoria de la lengua castellana en todas sus escuelas superiores públicas y privadas, al impulsar las asociaciones hispanistas, y, por último, al celebrar este Primer Congreso de todos los hispanistas del país a fin de reunir a todos los amantes de la lengua y cultura hispanas, tanto españoles como filipinos que viven en Filipinas,—sin distinción de hispanistas e hispa-

noides, como los clasifican algunos,—a fin de que, unidos todos en hermoso ramillete, puedan presentar ante este mundo de odios y malquerencias, el hermoso espectáculo de dos pueblos, que olvidando ofensas y agravios, se juntan en un estrecho abrazo para reafirmar los lazos de amistad y fraternidad que deben reinar entre dos pueblos que la Providencia, en sus inexcrutables designios, ha dispuesto que estén estrechamente unidos por la leyenda, por la similitud de la religión, y, finalmente, por la lengua y por la cultura; para que en lo sucesivo se ayuden para su común mejoramiento y prosperidad; y más que nada, por el amor que siempre se profesaron y siguen profesándose a pesar de todos los pesares.

Y ¡quién sabe! si cuando llegue el momento de la agrupación de los diferentes Estados del mundo en haecis más compactos para poder defenderse contra un enemigo común, nos sea dable contar no sólo con el Norte de América con el que nos unen los intereses creados por la lengua y por la cultura sajonas, sino también con las Repúblicas hispanoamericanas con quienes estamos ligados por la lengua y la cultura hispanicas? Un pacto de alianza y amistad con España y con todos esos pueblos, sería ideal; no sólo en lo cultural, sino también en lo económico, en lo social y aún en lo político; lo cual sería sumamente provechoso para todos, puesto que ni ellos ni nosotros quedaríamos aislados, cuando en lo futuro fuere necesario la mutua ayuda de todos esos pueblos y preciso conseguir la unión de todas las fuerzas vivas del mundo para la solución de los problemas mundiales. Porque en tal caso, cuantos más amigos tengamos, mejor; pues, en la vida tanto de los individuos como de los pueblos, la amistad es un tesoro inapreciable que hace más interesante la existencia y ofrece más elementos para el progreso y para el disfrute de la felicidad que todos anhelamos; y siendo el mejor y más poderoso instrumento para cultivar la amistad, la unidad de lenguaje, nada mejor podremos hacer para asegurar la amistad de esos pueblos, que cultivar esos dos idiomas de que nos ha dotado la Providencia, al disponer nuestra convivencia con esos dos pueblos más grandes del mundo: España y Norte América.

Es, pues, un deber de nuestra parte el fomentar igualmente esos dos lenguas con sus culturas respectivas, que sirven de complemento a nuestra autóctona cultura, haciendo de nuestro pueblo el único país del Oriente, que, además de poseer su propia cultura que es la oriental, posee también la cultura occidental; con lo que se desmiente aquel decir de que: *el Este es el Este, y el Oeste es el Oeste y nunca pueden juntarse*; porque aquí, en Filipinas, se verifica ese estupendo fenómeno de juntarse el Oriente con el Occidente por la doble cultura que posee el pueblo filipino, gracias a su larga convivencia primero con España y después con Norteamérica.

Y, por tanto, nada más justo que mantener esos dos lenguas y esas dos culturas que hemos conseguido obtener a costa de tan grandes trabajos y sacrificios; así que sería una verdadera locura el despreciar cualquiera de dichas lenguas, porque éstas serán como dos poderosas alas que nos servirán para volar hacia el progreso, hacia el bienestar y hacia la gloria.

Recibid, pues, mi más cordial felicitación, vosotros, los que habéis tenido la genial idea de reunir en este Primer Congreso a todos los hispanistas del país sin distinción de color ni de credo.

Habéis dado, con este Primer Congreso, el primer paso de aproximación hacia las veinticuatro Naciones de habla española que existen en el mundo. Así que secundo la feliz idea del digno Presidente de esta sesión, al proponer que este Congreso tenga en adelante un carácter permanente y no sea un simple acto transitorio y de ocasión, para que vele por la realización de la fusión espiritual de todos los pueblos de habla hispana para su común prosperidad y grandeza; y yo me atrevería a añadir a dicha sugerencia, la proposición de que no se limite la acción de este Congreso sólo entre los hispanistas de Filipinas, sino que en lo sucesivo se invite a todos los pueblos de habla hispánica y, sobre todo, a aquella gran Madre que legó su lengua y su cultura a tantos pueblos del mundo; por lo que con bastante razón pudo decirse que hubo un tiempo en que no ponía el sol en los dominios de la nación española:

¡Adelante, pues, Señores hispanistas! ¡Cultivemos esta hermosa semilla de la aproximación de todos los hispanistas del mundo! Enviémosles ejemplares impresos de las resoluciones y discursos que aquí se adopten y se pronuncien; a España, sobre todo: para que se animen todos a compartir con nosotros esta obra de aproximación y simpatía, a fin de realizar, siquiera en parte, la hermosa leyenda de nuestros antepasados sobre la amistad y fraternidad de todos los pueblos de la tierra, lo cual sería el origen de la paz, de la prosperidad y de la felicidad del mundo!

¡Españoles y filipinos, hispanistas todos que me escucháis! ¡Por España, por Filipinas y por todos los pueblos de habla hispana, elevad vuestros corazones como copas rebosantes de vino generoso, para brindar por la amistad y fraternidad de todos los pueblos de la tierra como lo soñaran los sencillos supervivientes de la tierra de *Muld!*

¡Por la amistad y confraternidad entre España y Filipinas y las naciones todas de habla hispana!

Por la conversión de la Leyenda en Realidad, para que, por la fraternidad de todos los pueblos de la tierra, cesen de una vez y para siempre tantas guerras fratricidas que llenan de desolación el mundo, y para que reinen por fin, por doquiera, la paz, el amor y la justicia.

He dicho.

#### DISCURSO DEL R. P. EVERGISTO BAZACO, O.P.

EL PRESIDENTE DE TURNO. Tiene la palabra el reverendo padre Bazaco, Rector del Colegio de San Juan de Letrán y Presidente del Comité de universidades, colegios y escuelas.

EL PADRE BAZACO, O.P. Dignísimo presidente de turno; excelentísimo señor Ministro plenipotenciario de España; ilustrísimo señor Vicepresidente de Filipinas; ilustres miembros del Congreso de Hispanistas; damas y caballeros:

Al recabar vuestra atención por breves momentos desearía saber si acaso ha llegado la hora de rendir tributo a la labor educacional de una noble nación en este país, tema que se nos ha señalado; si por ventura han pasado ya las aguas del buracán que se levantara hace unas décadas y que hasta el presente no nos han permitido ver claro; o si hemos de dejar todavía pasar

algún tiempo para que las aguas vuelvan a su cauce; o bien, continuar, como en árbol caído, haciendo aún más leña.

De aquel sistema español de enseñanza poco nos va quedando, si atendemos a la prensa propagandista de nuestros tiempos, la cual formula los siguientes cargos:

- la implantación de las escuelas fué tardía;
- la condición de las mismas, muy pobre;
- el número de ellas, escaso;
- los maestros, deficientes;
- el castellano como medio de enseñanza, intencionadamente desatendido;
- el sistema mismo de enseñanza, retrógrado;
- los pobres, sin oportunidad...

¿Qué nos queda?... A la verdad, después de leer el CENSO DE LAS ISLAS FILIPINAS, impreso en Washington a principios del presente siglo, con otros escritos y panfletos de escritores modernos en aquél basados, venimos a concluir que la enseñanza no comienza en Filipinas hasta la llamada Segunda Comisión, encabezada por William Taft.

No es nuestro intento, señores, entrar en comparaciones odiosas como inútiles. Dejemos el trabajo de la Comisión, y de cuantos continuaron la magna tarea, en su glorioso timbre; mas por los fueros de la misma libertad de palabra y prensa, que tal brillo han sacado el reverso del sistema ya fenecido, pido tolerancia para desempolvar un tanto la haz principal antes de que quede ilegible el reverso. Y voy a hacerlo, contando con vuestra venia, sin salirme un ápice de la historia, aunque resulte árido todo este proceso.

En primer lugar, y por lo que a la crítica sobre la propagación del castellano toca, confieso que lleva mucho de razón. Es muy bonito el decir: "*España nos dió su cultura, su religión y su lengua.*" Pero lo de la lengua es poesía. Jamás llegó el español a ser en Filipinas la lengua del pueblo. Calcutábase hoy un millón y medio de hispanistas (incluyendo hasta los malos y medianos), pero la población total del país no baja de dieciocho millones. Y se pregunta: ¿por qué no se propagó aquí el castellano, como se hizo en Cuba, en Méjico, Colombia, Argentina, y en los demás países de la América española? Y responden, culpando a España, que fué por *soberbia*. Alégase como razón contundente lo que por ventura fué un chiste mal entendido de algún misionero cuando al oír a un feligrés expresarse en español chabacano, dícese que le dijo: "No estropees el castellano. Habla en tu lengua, que no se ha hecho el español para vosotros." ¡Un chiste de muy mal gusto! Mayormente dándose el caso de que en todas las etapas de la soberanía española, hubo filipinos que supieron gustar el néctar de la más profunda literaria hispana, mejor que la inmensa mayoría de los peninsulares que aquí arribaron.

Pero dejémoslos de chistes que suenan a chismes, y de ese u otro caso aislado no queramos hacer principio de ley. Es verdad que el español no se extendió en el Archipiélago en la proporción deseada, pero esta limitación no fué hija del "orgullo". Hay leyes en contrario formuladas por los gobernantes de España. (*Carlos II, Fernando VI, Carlos III, Carlos IV, Isabel II*). Fué en gran parte resultado de la escasez de personal, y, en otra, no menor parte, norma fué de valor espiritual.